

CINTLI ARIADNA ACEVEDO RODRÍGUEZ

COMIDA SALUDABLE

COMIDA SALUDABLE

CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2021-2024



COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial
2024

Aura Medina Cano
Rosa María Romo López
Aurora Kristell Frías López
Nelly García Ferrer
Emilio De Ygartua Monteverde
Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Luis Alberto López Acopa

COMIDA SALUDABLE

CINTLI ARIADNA
ACEVEDO RODRÍGUEZ

Primera edición, 2024

ISBN: 978-607-69867-0-7

© Municipio del Centro
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

El jurado del Premio Municipal de Cuento
“Doña Gaba” Gabriela Gutierrez Lomasto
2024. El jurado calificador estuvo integrado
por los escritores: Raúl Hernández Glory,
Gamaliel Sánchez Salinas y Vicente Gómez
Montero

Todos los juicios expresados en este libro son
responsabilidad del autor. Queda prohibida
la reproducción parcial o total del contenido
de la presente obra sin contar previamente
con la autorización expresa y por escrito
del titular, en términos de la Ley Federal de
Derecho de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

El Gobierno de Centro, como garante de la armonía entre la sociedad y su entorno, implementa diversas acciones que contribuyen a preservar la memoria histórica e identidad de los habitantes de nuestro municipio y, al mismo tiempo, favorece prácticas que refuerzan la interacción humana y social.

Entre las tareas centrales para mejorar el bienestar de los ciudadanos se encuentran promover la cultura en sus diversas manifestaciones e incentivar el hábito de la lectura. El Fondo Editorial del Municipio, cuya creación fue prevista en el Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024, es un fuerte pilar para lograr estos propósitos.

Los libros editados por este fondo amplían las ventanas de conocimiento, nutren los acervos de las bibliotecas municipales y son puestos a disposición de los habitantes de manera física

y virtual. De esta manera, creamos condiciones para generar sólidos vínculos de transmisión cultural.

En esta ocasión, ponemos en sus manos obras premiadas de los certámenes municipales de Cuento “Doña Gaba”, Gabriela Gutiérrez Lomasto; Poesía “Teodosio García Ruiz”; Dibujo Infantil “Guayacán & Macuilí”, y Fotografía Israel “Chacato” Zúñiga. Las convocatorias de estas justas literarias y artísticas formaron parte del Festival Guayacán & Macuilí, efectuado en marzo de 2024. En las siguientes páginas se encuentran historias, versos, imágenes, colores y voces que se conjugan para dar lugar a un amplio y rico abanico de tradiciones y costumbres, signo distintivo de nuestro municipio.

Sólo a través de la cultura podemos saber quiénes somos. Mirando con agudeza nuestro entorno estamos en posibilidad de comprender mejor el lugar que ocupamos en el mundo.

Aura Medina Cano

COMIDA SALUDABLE

CINTLI ARIADNA
ACEVEDO RODRIGUEZ



Der Inselaffe

«The head of state has called for me by name
But I don't have time for him
It's gonna be a glorious day!».
Lucky, Radiohead

Despertó con un clip-clap incesante en los oídos. La luz de una vieja lámpara cenital le permitió reconocer bajo su nariz, las sábanas y la piecera con barrotes blancos de una cama hospitalaria.

De inmediato dirigió la vista, aún turbia, hacia el rincón de donde provenía aquel molesto ruido. La placa de Craig Thorne reposaba brillante en la neutralidad de la mesa junto a él.

Había un hombre sentado en la penumbra que jugueteaba distraídamente con el botón de un bolígrafo.

—Estoy aquí para revalidar lo que dice el informe —dijo el capitán Ronald Davis mientras se inclinaba hacia el frente para mostrar su rostro adusto y curtido.

El doliente se tocó los vendajes que le impedían abrir la boca y expresarse de manera normal. Aunque los médicos habían reacomodado la mandíbula rota, daba la impresión de que hacía esto con toda la intención de librar aquel molesto interrogatorio.

—Asienta o niegue con la cabeza. Puede escribir si tiene cosas que agregar —indicó Davis pasando las hojas de la libreta con ligereza. Se estaba sobreestimando un golpe de suerte, había dicho en aquella ocasión, y no se equivocaba, lo respaldaba su vasta experiencia en batalla.

Repasó el aseguramiento de aquel búnker en Arromanches, Thorne se limitaba a asentir. El hombre se había ganado la admiración de toda la infantería británica. Casi había muerto a manos de un oficial alemán en la edificación enemiga, pero logró asegurarla por sí solo y eso se había convertido en su boleto de regreso a casa.

Erich Maschwitz había sido el *unteroffizier* asignado a la sala de operaciones de aquella fortificación subterránea. Estaba ahí porque era lo más sensato y funcional para su supervivencia. La disciplina militar lo había mantenido con vida esos últimos años.

La verdad era que los discursos nacionalistas no lograban impregnar sus poros ni congeniar con sus intereses, pero de nada le serviría condenarlos. Había un nuevo

orden en el mundo y estaba muy claro lo que tenía que hacer para mantenerse a salvo.

Así permanecieron las cosas hasta que el enemigo en un ataque engañoso, se abrió paso por el Canal de la Mancha para comenzar la liberación de Francia.

Entonces decidió arriesgarse, tomar la puerta sur hacia alguna de las villas aledañas, Caen y quizá después Falaise. Hablaba muy bien el francés aprendido de su madre nativa. Fácilmente podía hacerse pasar por un campesino que salía de su escondite y volvía a casa cuando las fuerzas aliadas recuperaran aquellas tierras, pues se dejaba ver que así lo harían.

A través del periscopio revisó la playa llena de muertos, previó el segundo desembarco. No pensaba entregarse a los designios del enemigo, así que tomó la Luger P08 del joven *gefreiter* que yacía bajo el tablero con el rostro desfigurado y se puso en marcha de inmediato.

Cruzó el pasillo sanguinolento y localizó el túnel que desembocaba muy cerca de la ruta a Caen. Transitó por aquel pasaje durante casi media hora, iluminado sólo por el encendedor que empezaba a escocerle los dedos.

Finalmente vislumbró la escalerilla de hierro y se dirigió a ella guardando el mechero. Ahí se mantuvo, silencioso en el primer peldaño hasta descartar señales de

movimiento bélico. Notó que su cuerpo palpitaba.

Cuando lo creyó prudente, subió por la estructura y abrió la escotilla.

—*Scheiße!* —Instintivamente apretó el gatillo hacia Craig Thorne que lo miró desde arriba mientras tiraba apresuradamente el cigarrillo. Un click, la Luger estaba sin carga.

—Escoria *nazi* —musitó haciendo uso de su habilidad para propinar un culatazo al alemán, logrando que se precipitará de nuevo al hueco de donde había emergido.

Thorne se había alejado del campo de batalla en cuanto sus municiones empezaron a escasear, se dirigió a aquel escondrijo rocoso con el único objetivo de refugiarse, sin embargo, bajo los matorrales yacía impensada la salida del búnker por donde su atacante había intentado escapar.

Con el rifle presumiblemente vacío y un cuchillo en la bota, saltó detrás de Maschwitz hacia el interior, arremetió contra él hasta el cansancio. Enseguida notó lo negligente de su acción.

—¿Hay más alimañas aquí? —inquirió exaltado, tratando de ocultar el nerviosismo que le invadía. Se desplazaron por los andadores, el alemán por delante con el rifle enemigo en la espalda y las manos a la cabeza.

Conforme avanzaron, se fue dando cuenta que el terreno era seguro. Comprobó

que su prisionero —como él minutos antes— solo trataba de huir.

Llegaron a la sala de operaciones donde se hallaba el cadáver del *gefreiter*. Craig, con la punta del pie, hizo que el muerto bajo el tablero se desplomara y dejara expuesta la zona más estropeada de la cabeza.

Erich pensó en lo bien que se estaba antes de la guerra, en las teclas del Bechstein llenando de música el salón durante la última Navidad antes del reclutamiento. Extrañaba los pasillos de la academia, volver cada primavera para el cumpleaños de su madre y el jardín lleno de tulipanes. Pensaba en el futuro suspendido que ahora amenazaba con borrarse.

Su voluntad vaciló unos segundos, quizá terminaría también con un hueco en el cráneo por donde escaparían sus anhelos, pero no hubo oportunidad para permanecer en el ensimismamiento. Craig, le empujó con violencia y lo obligó a ponerse de rodillas.

Desde ahí donde se encontraba con el arma apuntando sobre la nuca, le escuchó comunicar por radio el asegurameinto del búnker a las tropas aliadas.

«Craig Thorne... Brigada de Infantería No. 69... Tengo una madriguera y mi rifle bien puesto en la boca de un maldito *fritz*».

Maschwitz entendía perfectamente el inglés, aunque su pronunciación no era lo bastante practicada.

Notó que su oponente tenía una altura similar a la suya. Era descuidado e impulsivo, por la forma en que se había introducido en el búnker. Aunque lo había golpeado bastante, hasta ahora le había mantenido con vida, quizá porque pensaba obtener de él información útil o, con algo de suerte, el rifle estaría descargado. Craig miraba ahora mismo hacia la costa, con la situación aparentemente bajo control.

Lo cierto era que no podría escapar tan rápido en las condiciones en que se encontraba.

En un ágil movimiento tomó el cuchillo de viaje de su contrincante, se puso de pie e insertó la hoja con fuerza en la garganta de un obtuso Thorne que no alcanzó a defenderse y despacio fue doblándose hacia atrás. Los ojos completamente abiertos en un rictus de odio, mientras sujetaba con desesperación el brazo del alemán.

Nuevamente a solas en aquella habitación, observó de prisa los alrededores, había movimiento en la playa.

—*Verdammt! die Inselaffen kommen* —Dio una furiosa patada en el costado del recién fallecido. Luego dejó resbalar el peso de su cuerpo hasta quedar sentado, escondiendo la cabeza entre sus rodillas.

La sangre alcanzó una de sus suelas, esto le hizo mirar con detenimiento el cadáver. Algo transformó su rostro.

Apresuradamente desvistió al soldado inglés, casi sentía algo de pena por él, podría estar en su mismo rango de edad.

Se amarró las botas, encajó perfecto en el uniforme enemigo. Abotonó su camisa en el cuerpo de Craig y justo cuando se disponía a atarle las agujetas, reparó en que su acento germano sería difícil de ocultar. Así que actuó sin pensárselo demasiado.

La cachea de la pistola pegó con fuerza en el hueso mandibular derecho. Un dolor intenso subió enseguida sobre la oreja y el maxilar quedó colgando.

Recostado junto a su adversario y aguantando el dolor de la fractura, se echó el cuerpo encima, justo cuando la tropa avanzó por el corredor.

Ingresaron con rifles en mano y se detuvieron ante la señal del comandante, justo frente a la sala. Erich esperó unos segundos antes de alzar el brazo.

—¡Aseguren el área! —ordenó el oficial británico al ver el peso de la muerte sobre el combatiente.

Erich Maschwitz relató en breve una versión de lo sucedido. Los ingleses tuvieron que esforzarse para entenderle, pues el tormento de la lesión era incesante.

—Tranquilo, esto no es grave, vas a ponerte bien —expresó el médico del grupo, mientras los demás palmeaban su espalda o alababan su coraje para enfrentar toda aquella situación.

El capitán Ronald Davis había entrado en el fortín para supervisar el aseguramiento.

—Todo indica que en un descuido, Thorne fue golpeado por el alemán con la cacha del arma que había confiscado. Por fortuna nuestro muchacho fue más ágil con el cuchillo —Le había dicho el oficial de la operación.

Sin embargo, alguien con la experiencia de Davis era difícil de impresionar. Él consideraba la proeza de Thorne una verdadera insensatez, que había puesto en riesgo su integridad física y desde luego la vida misma. No obstante, se guardó las opiniones, pues el ánimo que se respiraba en la infantería británica era favorable y necesario durante los próximos días que serían cruciales para la recuperación de los territorios ocupados.

Cuando retiraron a Maschwitz del lugar, algo del hombre que yacía en el piso con el cuchillo en la garganta, captó su atención. El difunto tenía las botas a medio atar y la casaca de la Wehrmacht se notaba algo ceñida en los brazos. La expresión inusual del fallecido, era un mensaje indescifrable.

El capitán no quiso arruinar el breve asueto de sus hombres que vaticinaban entre cantos el final de la guerra.

I got up toot sweet and off I ran, and nearly stopped a bullet from an Alleyman...

Ronald Davis en persona se hizo cargo del caso de Craig Thorne cuando fue enviado a recuperarse en un hospital inglés. Incluso se ofreció a llevar al «héroe de guerra» directo a su hogar en Essex.

—Tantos años al frente, Thorne, me han enseñado mucho sobre la condición humana. Sé cuando estoy frente a una persona sin escrúpulos —dijo con disimulada sospecha.

El capitán adoptó un semblante sombrío, Erich comenzaba a sentir que todo aquello le oprimía.

—Mis hombres... todas las divisiones británicas se encargarán de divulgar su hazaña. Pero a mí me parece ver algo más en usted —exclamó a la luz de de la entrevista en aquel cuarto de hospital.

Con cuidado extrajo de la libreta un objeto brillante y lo dejó caer sobre el regazo del convaleciente.

Al ver la placa con su verdadero nombre, el suboficial casi estuvo a punto de claudicar. Tarde o temprano retirarían sus vendajes y sería mucho más difícil sostener aquella historia con sus propias palabras.

Davis esperó convencido de que en cuestión de tiempo el hombre que tenía enfrente se quebraría. Mas todo fue en vano, Erich permaneció inmutable con la vista perforando el muro.

Ava miró por la ventana de la casa una vez más, indecisa. Afuera había algunos niños y las señoras de siempre se iban encontrando por el camino que iba de la fábrica hacia el centro. El estrépito de una aeronave militar la hizo cerrar la cortina de golpe. La base aérea que operaba muy cerca era un verdadero fastidio, sus nervios aún no se recuperaban del último bombardeo, le sorprendía cómo los demás en el lugar parecían tan habituados.

La guerra es dura para todos, pero lo de ella y las demás, era cosa aparte, estaban como atadas perpetuamente al vaivén de las decisiones de hombres en todos los niveles jerárquicos. Por ejemplo, si ahora podían trabajar era porque en aquel momento así convenía. No obstante, esto le había favorecido con ciertas ausencias, pensaba.

Se dirigió a la despensa y extrajo la lata con sus ahorros, al final del verano tendría más que suficiente para aventurarse a las costas canadienses.

Cambió de lugar el contenedor pensando en el mensaje que acababa de atender por la puerta, todo se había descompuesto para ella en cuestión de minutos. Nunca había experimentado tal furia después de lo mucho que le había costado aceptar que era un ser autónomo y libre de moverse de donde estaba, a pesar de que la humanidad se estuviera yendo por el caño. Pero la imagen de la campaña neoescolesa, la llenaba de determinación y la mantenía tan firme

que no había cuerpo militar lo bastante grande, que pudiera impedirle avanzar en su cometido.

Tomó el bolso, las llaves de la casa y se dirigió al hospital.

—Bien, si este interrogatorio no rinde frutos, me temo que sólo queda celebrar su heroísmo y agradecerle por devolvernos a todos la esperanza —expresó el capitán al tiempo que abría con lentitud la puerta.

El estupor de su oyente era tal que casi se atrevió a pensar que había librado la situación.

—Voy a dejarlo en compañía de su encantadora mujer —Prosiguió Davis, con expresión de sorna.

Sólo entonces, el *unteroffizier* sintió el auténtico miedo, reparó en lo lejos que había llegado, apenas tuvo un segundo para respirar antes de lo que se avecinaba.

Ava Joanne Thorne cruzó el umbral con premura, impávida y sin melodramas.

En la entrada el capitán aguardaba ansioso su reacción frente al usurpador; quería vanagloriarse de su astucia al confirmar las sospechas.

La mujer se detuvo abruptamente. Miró sorprendida el rostro azorado de Erich Maschwitz que, fuera por modales o por la tensión del momento, se puso en pie al verla ingresar.

Ava no reconoció en él ni una pizca de su marido. Aquel semblante lúcido que asomaba entre los vendajes, distaba de la burda apariencia de Craig Thorne y los ojos eran de una agudeza genuina. No podía decir con certeza que estaba ante una persona honorable, pero su sensibilidad le permitía identificar a alguien que como ella, buscaba una especie de liberación.

Davis escrutaba los movimientos de la señora Thorne, pero ella desintegró esas conjeturas, avanzando a los brazos de su desconocido esposo, mientras Erich Maschwitz iba aligerándose sobre el cálido pecho de Ava Joanne Thorne.

Claudia

«What you will see, if you leave the Mirror free to work, I cannot tell. For it shows things that were, and things that are, things that yet may be. But which it is that he sees, even the wisest cannot always tell».

J.R.R. Tolkien. The fellowship of the ring

La vi colgar el teléfono enfurecida. Lleva días haciendo lo mismo: llegar del trabajo, sentarse a hacer algunas llamadas, empezar a andar por la habitación. Algo abruma a Lucía.

La última vez que Claudia estuvo en la casa, las cosas no resultaron bien. Escuché voces en la cocina, ella salió a prisa y tan molesta que no me vio y tropezó con las ruedas de esta silla.

Enseguida se inclinó sobre mi regazo.

—Perdóname, sé que entiendes por qué me voy, y probablemente entenderías mejor que nadie lo que sucede afuera, pero al parecer no les interesa contarte —dijo esto último dirigiendo la mirada hacia Lucía—. Te visitaré seguido —dijo y después enfiló

por el pasillo hacia la puerta, tomó el abrigo y se fue.

Conocí a Claudia en la superficie quieta de la fuente patio. A los pies de aquella mujer esculpida en mármol que decanta sobre los pies un aguamanil, divisé su figura menuda entre el agua y me pareció que de su costado salía una línea que llegaba hasta el mío, como una arteria. En un parpadeo, la imagen se desvaneció.

Algunos años después, llegó a esta casa entre los brazos de Lucía, envuelta en mantas color perla. Protegida por el saco superpuesto de su madre, que bajaba por el hombro y la cubría.

—Acérquese, Alba. Venga a conocer a su nieta —dijo Isaac, mientras cerraba el paraguas y lo ponía en el perchero del recibidor. No había terminado de hablar y yo, que entonces tenía la fuerza suficiente en las piernas para andar, ya estaba haciéndole arrumacos a la nueva integrante de la familia.

—¡Es igualita!

—¿A quién, mamá? —Lucía me miró llena de curiosidad.

—A duras penas se le notan los rasgos, todavía no se parece a nadie —Apresuró a responder el padre escéptico.

—Es igualita a ella misma —repliqué sin entrar en detalles.

Desde ese momento, la casa sufrió su más grande transformación. El jardín donde se encuentra la fuente, se dispuso como

lugar de juego, la sala que contenía las más pesadas y antiguas piezas heredadas de mis antepasados, se alivió. Algunas cosas fueron donadas a los museos de la ciudad, otras se trasladaron a rincones donde no fueran un peligro.

El eco de los llantos y balbuceos ocupó todo el espacio.

Después vino el colegio y los días de hacer coletas, preparar la lonchera y el olor a crayones en el estudio. Las primeras fotos escolares se colgaron, los primeros cumpleaños.

No había manera de que la muerte prematura de Isaac fuera sospechada por alguno de nosotros, quizá porque todos nos encontrábamos tan absortos en la dicha y en la proximidad de las vacaciones, que una enfermedad silenciosa era impensable.

Al volver de la ceremonia fúnebre, la sala de estar, la cocina y los cuartos parecieron sumirse en un gris sinsabor acortinado. Afuera soleaba julio.

Lucía se tomó unas pastillas y subió las escaleras con marcada pesadumbre en el andar. La niña se echó en el sofá y ahí se quedó dormida.

Le pedí a Laurita que subiera las maletas que habían quedado preparadas para el viaje y las deshiciera con cuidado, sin hacer tanto alboroto. Me quedé mirando hacia afuera y quise salir a sentarme un momento a la orilla de la fuente.

Es cierto que en ella puedo ocasionalmente y al azar, mirar cosas que alguna vez fueron, cosas que son y cosas por ser. Como es lógico, estas últimas son las más difíciles de desentrañar. Es más sencillo intentar comprender el pasado o confirmar el presente que interpretar el futuro, aunque siempre hay la posibilidad de intuir.

Me quedé ahí mirando el agua, haciendo un mudo reclamo, hacía tiempo que no venía a mi encuentro ninguna imagen, ninguna visión. A partir de entonces, dejé de frecuentarla.

Con la edad tendemos a volvernos más solemnes. Claudia me mostró que esto no es más que un rango instalado, jerárquico, inútil. Tenía la habilidad de vivir el presente, sin atormentarse por el pasado ni mirar hacia adelante más allá de lo necesario. Vaya que lo tenía claro. Yo, por el contrario, le rendía culto al ayer y lo tenía tan presente que nunca pensé ligeramente en un futuro propio. Así que no me interesó dejar de andar, porque ya estaba cansada, ni tenía ganas de seguir escuchando todos los ruidos del mundo, prefiero que se acerque quien tenga algo importante que decir. Y mi nieta siempre tiene algo importante.

—No tiene idea de las cosas que está moviendo. Se lo digo, pero no me escucha —oí que expresaba Lucía cuando estábamos sentadas las tres, ella, su amiga Andrea y yo. En realidad la charla era entre ambas, pues

yo prefería no interrumpir para tratar de saber algo de lo que sucedía afuera.

—Hubiera sido mejor que la mandaras lejos o bien, ya que tiene la edad, la hubieras postulado para entrar a cualquier instancia gubernamental, sabes que tenemos muchos conocidos.

—¿Tú crees que no se hubiera indignado si le ofrecía tal cosa?

Preguntó con algo de ironía, mientras me ayudaba con la sopa.

—Pues es que no le ibas a preguntar. Con los hijos es así.

—Tú lo has dicho, con los hijos. Pero estamos hablando de Claudia, y ya sabes que tiene todas esas ideas que yo no sé si estudiar en esa escuela le ha hecho algún bien — Lucía meneó la cabeza y luego de un rato se dirigió a mí.

—¿Quieres más, mamá?

Yo respondí que no con la mano.

—¿Cuándo regresa?

—No sé mamá, ya vendrá —Me contestó al tiempo que llenaba mi vaso.

Claudia se había mudado cerca de la universidad, pero nos visitaba esporádicamente y siempre me traía algún retrato del mundo exterior que me parecía cada día más distante. A mí se me colaba por los ojos la nostalgia de su falda a cuadros que entraba y salía del estudio en aquel escudriño adolescente de respuestas. Ahora ya no

usaba mochila ni tenía la sonrisa desdentada, tampoco vestía uniforme.

Laurita levantó nuestros platos. Yo me esforzaba por seguir escuchando pues Lucía rara vez se acercaba a contarme. Desde que Claudia se fue, casi nadie me cuenta nada. Sea porque mi oído va y viene, o quizá también porque piensan que de nada sirve llenarme la cabeza con preocupaciones, después de todo qué podría aportar uno en su senectud.

—La última vez me dijo que si tanto me importaba su vida, por qué no hablaba con mis prominentes amigos y los convencía de que las peticiones de su grupo son justas y legítimas.

—Ay, Lucía. Eso no, sabes como se manejan las cosas.

Mientras hablaban, recordé lo que Claudia me dijo poco antes de cambiarse de casa: «Bueno, si esto es una guerra, pues es una muy distinta —me dijo—, aquí se pelea con argumentos, con manifiestos. La palabra está de nuestro lado, no hay mejor trinchera que un aula de clases». Y luego me hablaba de lo bonitas que se veían las calles convulsas de color y de estudiantes.

Pero lo único que sé de las guerras, es que demuelen el espíritu.

Lucía quiere a Claudia, a su manera. Cree hay que mantenerse al margen de todo, causar una buena imagen, conservar cierto estatus para tener una vida tranquila, sin perder privilegios.

Hace dos semanas que no tenemos noticias. Lucía colgó el teléfono y salió perturbada. La vi atravesar el patio por el camino empedrado y azotar la reja. Atrás se queda esta casa con Laurita y conmigo adentro, desconcertadas y ajenas. Ella lo nota y me lleva afuera para que tome un poco de sol. «La tarde está muy bonita», se acerca para decirme al oído, mientras pone en mis piernas una manta ligera. Me deja un rato en la inmensidad del jardín, no hay nadie más en los recovecos de este miércoles incierto. Apenas percibo los rumores del mundo.

A cierta distancia sobresale aquella sílfide blanca en el centro de la fuente. Su mirada dura me insta a acercarme. Impulso la silla trabajosamente, movida por una imperiosa necesidad de ver a Claudia nuevamente o alguna señal que me hable de ella.

Cuando por fin la alcanzo, sus aguas vacilan, el viento de la tarde las agita ligeramente y de pronto se sosiegan para mostrarme esta ciudad que es otra. El fulgor verde que se desprende del cielo hacia la plaza llena de gente. Aspas, estruendos, gritos, detonaciones, ventanales quebrados, rostros lozanos desencajados, baldosas con sangre que mana de nuestra arteria rota.

Comida saludable

Yo no figuraba en su lista y aunque esto era ya de por sí despiadado, la rabia que me amargaba la boca y todo el tracto digestivo, tenía razones más profundas. Sin embargo este escozor solía ser reemplazado por la mezcla de pena e incertidumbre que me producía ver su rostro cada semana más anguloso.

Quiso medallones y verduras cocidas, no pude decirle que estaba harto de la comida saludable, así que la miré dirigirse al baño, puse la carne en un plato para sazonar, los limones en la pileta y mis temores con las verduras en la tabla de cortar.

Últimamente Natalia era menos sensata, todo su organismo se movía a partir de pulsiones. En ocasiones me llevaba a cuestionar si la cercanía con la muerte nos volvía más egoístas, porque me daba la impresión de que se olvidaba de todo lo que sucedía conmigo.

Se sentó en la bañera con el rotulador rojo entre los dedos y esa pequeña libreta,

mientras yo me desplazaba al futuro cercano del que ella estaba excluida como lo estaban ahora nuestros teléfonos móviles del espacio semiapartado que creamos por designio suyo, durante esta última fase.

«Tarde o temprano vas a leerlo», me dijo un miércoles al volver de la caminata, cuando levanté el cuadernillo de la alfombra y discutí su descuido. Lo que en realidad quería era reñirle su desconsideración hacia mí y un poco su cinismo, pero no quise hablar del contenido que en efecto ya conocía.

Dejé la carne en la sartén y me apresuré a pasarle la toalla antes de que la pidiera. De un tiempo para acá me irritaban esos pequeños olvidos suyos. Sin embargo, todo lo que pudiera reprocharle, quedaba neutralizado al ver cómo se había ido consumiendo.

No solo ella había cambiado, sus olores eran otros. Guardaba en la memoria su aliento envinado con fresas a la pimienta, o el aroma que se desprendía de su cabello cuando se agitaba sobre mí y sus senos se elevaban trémulos y encendidos. Qué lejano se percibía todo aquello.

Las verduras golpearon sordamente en la vaporera, ¿sería ella igual de tolerante conmigo si invirtiéramos papeles? A diferencia suya, yo la hubiera incluido en mi propia enumeración de «cosas por hacer antes de morir», como supondría una relación conyugal. Por eso me cabreaba toparme en la mesilla de noche o en el

comedor o en el asiento del teléfono, aquel objeto que contenía sus apetencias finales enlistadas, casi ajenas a mí.

Retiré las cosas de la estufa, uno de los restos en la sartén brincó a mi playera de rayas rojas, como las que atravesaban — desde el verbo infinitivo hasta el sustantivo— cada oración dada de baja en la lista de Natalia.

«Puta libreta, putos diagnósticos, putos médicos, puta tú», escupí mi queja muy bajo.

Endulcé la limonada al momento en que sus vértebras pronunciadas pasaban hacia la recámara para vestirse. La miré abrir el closet y mover las perchas para escoger algo. Su mano se deslizó descuidada sobre el vestido violeta que traía puesto el día que la seguí del cine al departamento de Adrián, entonces la pérdida de peso no era tan evidente.

Me pregunté desde cuándo lo tendría a él de antojo, que seguramente era intenso, porque ese número uno de su lista me dolía en la dignidad y en el orgullo, pero más en la cara que no era algo abstracto y sería la misma que ostentaría durante los arreglos funerarios, idéntica a la que pondría para recibir a la familia y amigos incluyendo a ese pendejo que sin duda también estaría de cuerpo presente.

Se decidió por algo cómodo del cajón, así que pude inspirar profundo y exhalar el aire para tranquilizarme.

Terminé en la cocina y me acerqué al ordenador con la mente ya más insípida, para buscar la serie que estábamos mirando, pero en la esquina del monitor esperaba latente una notificación.

Vi en la bandeja de entrada el correo del Immunologie Zentrum Zürich, al que había enviado sus estudios meses atrás, a decir verdad con poca esperanza. Entonces sentí cómo algo se iba trastocando muy dentro de mí.

Soslayadamente vi a Natalia acercarse despacio hasta donde me encontraba. Se inclinó poniendo su respiración a la altura de mi mejilla izquierda, enseguida giré para besarla mientras mi mano derecha eliminaba para siempre el 40% de sus probabilidades de vida con tratamiento inmediato.

Tres de copas

Había enormes diferencias entre ellas tres. Empezando porque no estaban juntas, quizá lo habían estado antes, o lo estarían pronto. Pero sus escenarios eran solitarios como suelen ser los lugares donde se mueven las mujeres de sus tiempos. Se mueven solas, ¿se ignoran acaso?, ¿qué las hace ignorarse? o ¿quién?

La primera de ellas se abre paso por la calle queretana hacia el convento de las Capuchinas donde se sabe por todos los rincones del Imperio, que tienen prisionero al emperador.

Todavía no aparece el sol en el horizonte pero ella se detiene a un costado de la construcción donde está el cuartel. Encuentra la mesa larga y el anafre de barro. Lo enciende y empieza a prepararlo antes de que lleguen las otras cocineras naturales del lugar. Ella no es de por ahí, llegó hace tres días, y entre los hombres del general ya todos la llaman «la india bonita».

Recibe con indiferencia aquel mote, en el fondo quizá le molesta, quizá ya se lo habían dicho antes. Pero se aguanta porque tiene un hijo que la espera, aquí solo está de paso. Cumplirá su tarea y se volverá al pueblo para ver al pequeño.

Tiene buena mano con las hierbas de olor, las domina. Conoce también de hongos. Sus sopas son las favoritas de toda la tropa. Así por la vista y por la boca parece nacerle el amor a todos los hombres.

Saca de su morral los frescos olores recién cortados y empieza a desmenuzarlos. Prepara una mezcla de chile guajillo y jitomates. De vez en cuando mira hacia el convento. ¿Cuál será la celda de aquel hombre que espera su destino? Tal vez está asustado, pero seguramente la distinción que caracteriza a los monarcas austriacos, no le permite dar muestra de ello.

Ahora esparce en la superficie la humedad de las escobetas y los clavitos, también la de los champiñones. Mientras los corta piensa, nadie sabe qué piensa. No se imaginan lo que una mujer piensa. ¿Acaso piensan? Y si lo hacen mejor que sea en artes de amor y sentimentalismo.

La segunda mujer está presente, pero nadie lo sabe. De las tres es la que tiene una posición de poder más grande y ha hecho uso legítimo de él para recuperar el terreno que a ellas les ha sido negado.

Estuvo en el sur, un sur olvidado por los republicanos. Un sur que a Juárez no le interesa porque está muy lejos del norte al que sirve y sirve bien. Un sur que él desprecia porque le recuerda sus orígenes.

Ahí está la pequeña región austral, excluida como los indios y sus problemas. Y ella lo sabe, pues es la mente maestra detrás del proyecto de nación en el que se ha involucrado incluso más que el propio Maximiliano.

Ahí en ese punto olvidado por el benemérito, por los yanquis y por Dios —a este último está claro que el imperio no lo quiere husmeando en sus asuntos—, la emperatriz ha dado a luz a nuevas ideas. ¿Es que a nadie se le ocurrió que el bienestar era colectivo y que si la visión contempla a todos, nadie tiene por qué privarse de esta libertad soñada?

Carlota no partió en la Novara de regreso a Europa, no se volvió loca en las calles de Roma, ni fue vista con lástima por ningún arrogante monarca francés. En cambio, ahí en el sur de su Imperio, le abrió paso a toda la lucidez que viene de su agudo intelecto.

Pensó y repensó en todas las voces francesas, alemanas, castellanas, inglesas y se detuvo en un náhuatl que le corría muy rápido por los hombros y las orejas. No hay nada en Europa que pueda ayudarla, todo lo que necesitan está aquí.

Antes de eso se obnubiló, es cierto, se dejó destrozar por un abandono cantado y falso. Se sintió justo como ellos, los señores del mundo, quieren que una se sienta: Sola, aislada, impotente, sin voz.

Bajó a su propio inframundo, y allí se topó un encierro. Rumores desde el delirio, vidas pasadas y sueños frustrados con espinas de nopal.

Las mujeres que la ayudaron a parir, le entregaron una promesa genuina. Las otras damas la acompañaron, la mantuvieron nutrida.

Los hombres del pueblo guardaron silencio, los que se hunden en la tierra o se pierden entre las milpas, esos hombres, la escondieron.

Cuando la emperatriz abrió los ojos a la nueva vida, todas cantaron a una voz para arrullar a la nueva criatura. Todas la invistieron y coronaron una vez más, secretamente en la casona sureña.

Los hombres obedecieron, reunidos en un mortífero y silencioso regimiento.

¿Quién es la tercera mujer? La que atraviesa el salón con absoluta diplomacia, serena y envuelta en persuasiones. Saluda en refinado inglés y se codea con la crema y nata de la sociedad norteamericana.

A simple vista nadie sospecha que tiene bajo el brazo varias páginas sobre México, sabe a qué huele su historia de guerra florida, se ha sumergido en el vórtice culinario de

aquellos valles, conoce las tierras convulsas en las que se mueve ella y los intereses de sus compatriotas.

¿Qué tiene en común con las otras dos? Lo evidente, ocupa un lugar secundario en la trama androcéntrica. Nació en la tierra de los negocios y las oportunidades pero estos están reservados para los varones, así que en ella no hay un posible asociado, ni una competencia.

A diferencia de las otras dos, Agnes no es madre, no lo será, y ya han comenzado a tacharla de frívola por esto. Pero su piel cuidada y lozana repele todos los dardos venenosos de las sociedad mojigata, obtusa y aberrante. Ella ha tenido la dicha de los viajes placenteros, sin una rabieta jalándole el vestido o mordiéndole los guantes. Su sueño no ha sido perturbado por llantos fieros ni ha amanecido con los ojos hinchados por atender una constipación nocturna.

No es para ella atender la vida parasitaria de un vástago o anteponerla a su propia felicidad, si no era por vanidad, menos por exigencia social.

Ocasionalmente se preocupa por Felix Constantin Alexander Johann Nepomuk of Salm-Salm, su marido. Y aunque puede presciendir de este fácilmente, entre ambos hay una atracción y devoción ejemplar.

Él ahora está en prisión con Maximiliano en Querétaro. Por eso Agnes se dirige a una

audiencia formal con el presidente Juárez en San Luis.

La primera mujer ha terminado su jornada. Sirvió desayuno, comida y cena a los hombres del ejercito republicano en Querétaro.

Se retira con calma por el despoblado, pensando todavía, pensando y ahora sabemos lo que piensa, porque asoma de sus ojos la dicha de todas las libertades.

A la jardinera Concepción Sedano de la Casa Borda, sí, a ella, la madre de Julito —que por cierto, es hijo del emperador— docta en botánica, solo le queda esperar que la sopa envenenada haga su trabajo en los estómagos juaristas.

Agnes Salm Salm ha conseguido que Juárez acceda y libere a su marido. Pero no logró mover ni un poco las necesidades de aquel hombre para perdonar a Maximiliano, «el archiduque invasor».

Así que abandona San Luis a toda prisa en el carruaje directo a encontrarse con Felix, antes de que el edificio del regimiento republicano y todo el despacho de Juárez con él adentro, vuelen en mil pedazos gracias a los finos velices cargados con explosivos que la princesa Salm Salm se encargó cuidadosamente de dejar mechados y encendidos antes de su partida.

Cuando el general Van der Smissen se enteró de que la emperatriz Carlota estaba todavía en México, derramó el café sobre

la carta escrita y firmada por ella. Primero porque está perdidamente enamorado y segundo porque ahora sabe de su paternidad.

Tiene órdenes de conducir al regimiento belga de Michoacán a Querétaro, mientras ella se dirige a recuperar Puebla y México. El resto de la guardia de la emperatriz, el regimiento austriaco, se encargará de San Luis y sus alrededores.

Nadie sabe que el sur está en armas, y han de barrer los vestigios republicanos por todos los rincones donde los haya.

Un hombre se abre paso entre la oscuridad del convento para liberar de la celda a los prisioneros. «La ayuda ya viene» les dice, entrega una misiva y desaparece en la inmensa negrura.

Afuera Miramón, Mejía y el archiduque, son sorprendidos por los hombres del regimiento republicano esparcidos en los alrededores, todos muertos. «Quizá fue la peste» piensan y se tapan las narices. Oyeron quejidos, pero no hubo indicio de batallas.

El emperador con cuidado va abriendo el delicado sobre, reconoce la letra de su querida Charlotte y poco a poco el rostro se le va iluminando.

En el silencio del pueblo se escuchan sus carcajadas, no cabe en su compostura, lo rebasa todo aquello y de pronto vienen a él todas las fuerzas del mundo.

Maximiliano no sabe que morirá combatiendo, pero da lo mismo porque ya

ha tenido una segunda oportunidad y aquella determinación femenina, que impregna las letras de su esposa, no dará tregua a esta empresa, aún si él no comprende cómo lo habrán de lograr.

Ahora hay un enorme parecido entre las tres mujeres, tienen el rostro alto, emancipado. Se ha honrado el pacto de lealtad que hicieron frente a una hoguera entre los fresnos de Villa Olindo, la noche que tomaron las riendas del Imperio Mexicano.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces, ahora existe un flujo horizontal que se desprende del despacho de su majestad imperial y baña todas las políticas públicas: las relativas a la educación y a las tierras de los indios. Respecto a los sistemas de agua que años atrás la misma María Carlota Amelia supervisó en persona. Respecto a las nuevas estrategias económicas que harán prosperar el campo de manera sustentable. La nueva administración de los recursos acabará con los asaltos en los caminos. Por último y muy importante, se ha incorporado en las leyes todo aquello que reivindica a la mujer en la vida pública y en los cargos gestores.

Está contemplándose un nombre para el nuevo sistema de gobierno, pues *Imperio* ya no encaja con las nuevas proyecciones. Mientras esto se decide, el palacio tiene puertas abiertas para mediar todas las posibilidades de las personas que componen la enormidad mexicana, extensa y profunda. Después de

todo, solo se necesitaba una mirada diferente y mucho sentido común.

Se han logrado todas las reformas que Juárez nunca hubiera hecho a cabalidad, porque siempre sería un hombre encerrado en sí mismo y doblegado a los intereses norteamericanos que le dejaría a la historia la oportunidad de juzgarlo y nada más.

Esto tampoco lo sabe nadie, pero gracias a que fue borrado magistralmente de la faz de la Tierra, todos se han librado de una dictadura y de una malograda revolución.

Laódice

Cuando mi madre se enamoró de otro hombre, llenó las maletas de arrugadas expectativas y su firmamento de alhajas me arrastró a años luz del bonito *living* con vista al parque central. Desde luego prescindiendo de mi padre, de la formalidad de su cartera, de su impoluta apariencia.

Cuando me despedí de él, pensé que me iría descomponiendo por dentro sin que se notara, como las manzanas de semillas amargas, pero no lo hice. Escuché paciente las promesas de visita y admiré su prudencia ante la extraordinaria situación. Por supuesto él sabía del romance, pero hubiera apostado mi colección de historietas bien conservadas a que nunca pensó que la cordura abandonaría a mi madre para dejarla ir detrás de alguien quince años menor.

Cuando nos mudamos, Sergio se empeñó en brindarle a nuestra nueva casa, cálidos y novedosos olores. Instaló una jardinera, me acondicionó un cuarto y además quiso que mi madre tuviera un estudio para su quehacer

artístico, mientras ella se obsesionaba con las dietas, los ejercicios y el *spa*.

Cuando veía a mi padre, siempre procuraba llevarle algún bocadillo de memoria, una charla dibujada o historias tenebrosas del nuevo colegio. No había mucho que decir de mi madre, pero ambos estábamos bastante cómodos sin atraer aquel huracán a nuestro tranquilo refugio del parque.

Cuando hice nuevas amigas en la prepa, dejé de necesitar aún más de la compañía maternal. Se convirtió en una figura para las formalidades como las reuniones de padres de familia y las ceremonias. Cenábamos juntas en un mutismo antinatural. Si algo se tenía que preguntar, la respuesta era precisa y tajante.

Cuando sus actividades afuera se prolongaban, Sergio me llevaba al cine o al centro comercial para comprar algún disco o alguna curiosidad literaria. Parábamos en algún café o restaurante de hamburguesas, compartiendo una malteada mientras conversábamos de la evolución del comic y el manga japonés. Después íbamos a buscarla y cuando subía al carro las cosas se sucedían rutinarias desde hacía algún tiempo: un beso rápido, charla del trabajo, el repaso de las cuentas. Yo volvía a mis audífonos para cerrar la escena.

Cuando mi madre se enteró que Sergio salía con otra, echó a volar los cuadros por la

ventana y el piso se llenó de improperios. Se tomó de los cabellos y su ímpetu desbordado arrojó el florero en dirección al rostro de su pareja, que esquivó por poco el ataque. Ella me sujetó con fuerza y tomó nuevamente las maletas como cinco años atrás.

Cuando solté su mano de hielo y atravesé el recibidor con premura para mirar cómo se encontraba Sergio, una ligera sospecha cruzó las orejas encabritadas de mi madre.

Hasta entonces pudo ver que ambos compartíamos más que los vasos y la afición por los juegos de rol.

La plus heureuse

Ha sido confinada a la torre más alta, así le parece cuando mira a través de la ventana, su reino sumido en la densa neblina del desconcierto.

El corazón se desprende del cuerpo maduro, los nervios tajados a nadie la unen. Su estirpe no la mira más con amores, algo de ella se descompone en las salas contiguas.

Anda con nerviosismo, desconfía de los humores soberanos y luego se convence, impaciente, de que no será expelida por los canales de Támesis.

Las falacias de la corte por fin convergieron sobre sus galas. Empeñadas conveniencias atraparon en botellas vacías, las frases que salieron de su boca. La risa y los bailes gráciles en su habitación llena de música, también fueron encapsulados.

En el jardín hay un cisne intranquilo oliendo su muerte. Una princesa regordeta y pelirroja que tropieza en el regazo de su madre. Cuatro guardias que apartan a la

reina suplicante. Dos damas que lloran ante lo ineludible.

El sueño la ha puesto nostálgica, se pregunta en qué hora los asuntos palaciegos se volvieron más sublimes que el verso o que la danza bucólica. Más reconfortante que el cabello al viento, un tocado francés.

Escucha los pasos y su voluntad titubea tras los ladrillos cubiertos de supersticiones. Una vez hizo germinar la razón entre las piedras de los templos. Ahora es tierra yerma, dañada por el peso de las ambiciones.

Asume el fallo, siente el pensamiento apaciguarse, recobra la cordura y la serenidad regresa a su rostro inexpugnable.

La reina está sola en una era espinosa, no llega hasta ella la luz de una ardiente plegaria. El cuello luce dispuesto, las manos dominadas. Al filo, una voz que engaña. Su última mirada congela el cielo desde el cadalso.

CONTENIDO

Der Inselaffe.....	13
Claudia.....	25
Comida saludable.....	33
Tres copas.....	37
Laódice.....	47
La plus heureuse.....	51

**CINTLI ARIADNA
ACEVEDO RODRIGUEZ**

Nació en Villahermosa, 1986. La primera de su nombre en la familia, amante de narrativas. Madre de dragones (Liam) y poemas, provocadora de lecturas, rompedora de silencios, transmutadora de morfemas, cómplice de disrupciones y de discursos mágicos contrahegemónicos. De profesión comunicóloga, editora y correctora de estilo. Mediadora de espacios de lectura.

**PREMIO MUNICIPAL DE CUENTO
"DOÑA GABA" GABRIELA
GUTIERREZ LOMASTO**

Gabriela Gutiérrez Lomasto. Narradora, periodista, promotora cultural y cronista de la ciudad de Villahermosa. Nació el 22 de marzo de 1928 y murió el 9 de noviembre de 2013 en la ciudad de Villahermosa. Se inició en el periodismo en espacios dedicados a la cultura y a las notas de sociedad en los periódicos *El Mercurio* y *El hijo del garabato*, por iniciativa del poeta lírico y periodista José María Bastar Sasso; utilizó varios seudónimos, tales como Terpsícore de Castalia; Traviesa Tijerina y la Duquesa de Chiltepec; fue articulista de los periódicos y suplementos como: *El clarín*, *Presente*, *Avance*, *Novedades de Tabasco*, *Tabasco al Día*, *El Semanario*, *Perspectiva* y *La Zona Luz*. Fue funcionaria en organismos públicos dedicados a la cultura, así como en organismos ciudadanos. Escribió

los libros: *Mi mercado Pino Suárez; ¿Quién le corta las alas a los pájaros?; Ramón y cinco voces; León Felipe; Carne y símbolo y Río jade*. Su obra también se encuentra en ensayos, prólogos y presentaciones de diversas publicaciones de circulación estatal. Recibió el Premio Periodístico de la Editorial Confidencias en 1950 y Premio Estatal de Periodismo en Tabasco 1993. En vida fue merecedora de diversos homenajes públicos. Se casó con el poeta Agenor González Valencia, de quien le sobreviven 3 hijos. Desde 1997 fue Cronista de la Ciudad de Villahermosa y hasta los últimos días de su existencia, se le podía escuchar en un programa radiofónico de la estación XEVT.



Comida saludable de Cintli Ariadna Acevedo Rodríguez, se terminó de imprimir en los talleres Yaxol, en Cárdenas, Tabasco. El día 31 de mayo de 2024. La coordinación editorial estuvo a cargo de Luis Alberto López Acopa. Diagramado y diseño de portada Ivanna Gabriela Guadarrama Javier. Se imprimieron 700 ejemplares.